

LVI

EL FUEGO ATRAJO AL SEÑOR  
DE LOS INFIERNOS

LACONICUM

**P**ublius Mocius Macula. Ese era el nombre del flamante Prefecto del pretor, comandante de la guardia imperial. Era un hombre que superaba con creces los treinta años de servicio militar, de compostura atlética y brazos fibrosos. Tenía una barba poblada que era incapaz de ocultar la herida mal cicatrizada que nacía detrás de su oreja derecha. Destacaba por su duro carácter y una mentalidad extremadamente tradicionalista.

El orgulloso Prefecto del pretor se encontraba, por primera vez en su vida, incómodo en su envidiable cargo. Trataba de recolocar a sus hombres para que permanecieran alrededor del palacio real. El emperador debía estar a salvo a toda costa. Aquella era la labor de la Guardia Pretoriana. Sin embargo, la situación no paraba de complicarse. No sólo tenían que hacer frente a las arremetidas neorromanas, sino a un nuevo enemigo que hasta ahora era el único que había llegado al palacio: el fuego.

La residencia de Valentiniano III estaba ardiendo sin control. Las llamas danzaban a sus anchas por las habitaciones del palacio, arrasando todo cuanto encontraban a su paso. Aún no habían llegado a la alcoba del emperador, pero no tardarían mucho en hacerlo. Publius envió a un tercio de sus hombres al rescate de Valentiniano antes de que su supuesta divinidad se pusiera a prueba.

Para entonces, Publius había acabado con su veinteava víctima de la noche. Sin embargo, la fatiga comenzaba a pasarle factura. Cada oleada neorromana era mayor que la anterior. Lo más probable es que los neorromanos acabaran antes con los pretorianos que el incendio con el emperador.

Para su consuelo, el fuego había cambiado de bando en los últimos minutos; se había extendido por las paredes vegetales del jardín imperial hasta convertirse en una auténtica barrera defensiva en llamas. Ningún neorromano parecía capaz de atravesarla. Esto consiguió despertar una ligera sonrisa en el implacable Prefecto del pretor.

Sin embargo, la fortuna es el más volátil de los aspectos de la vida. Cuando el muro de fuego se encontraba en su máximo esplendor, hubo un hombre que consiguió atravesarlo. Supo encontrar el momento y el lugar adecuado para traspasar la ardiente barrera. Impasible,

lo hizo andando despacio, envuelto en una nube de fuego que no fue capaz de dañarle. Por unos momentos, las flamas intentaron adueñarse de él, pero al instante se apartaron temerosas. Él era el demonio, el señor de los infiernos. Todo el mundo hablaba de él.

Publius quiso que fuera una mera ilusión y se frotó los ojos para que desapareciera. Cuando volvió a abrirlos, dos de sus hombres yacían en el suelo. No había dudas esta vez. No tenía cuernos, tampoco rabo ni alas, ni siquiera portaba un tridente; pero sus ojos hambrientos de muerte le delataban. Salonus Salonus, el rey de los neorromanos, había llegado.

–¡Acabad con ese hombre! ¡Es el rey de los neorromanos!! –ordenó imperativo Publius Mocius Macula.

Los fieles pretorianos obedecieron a su superior con premura. El más rápido de ellos recibió un corte directo a la nuez, el segundo en alcanzar a Salonus acabó ardiendo en el fuego y el tercero vio atravesado su entrecejo por la espada de su enemigo. Sólo consiguieron repintar de rojo la armadura del rey. Para cuando llegaron el resto de legionarios romanos a vengar a sus compañeros, más de un hombre había cruzado la barrera de fuego. Los fieles de Satanás se sumaron a la carnicería, y el enfrentamiento acabó trasladándose al piso inferior del palacio debido al empuje neorromano.

La guardia pretoriana demostró su poderío y mantuvo a raya a los enemigos de Roma en los baños imperiales. Sin embargo, las termas se habían convertido en una verdadera sauna donde el ardiente vapor de agua campaba a sus anchas. Aquel incómodo gas, nacido de la compleja relación entre la Señora agua y el Señor fuego, había heredado el calor asfixiante de su padre y dificultaba la visión tanto como lo hacía su madre.

–¡Es imposible ver, señor! El humo y el vapor están ahogándonos... Además, las llamas se acercan a nosotros –puntualizó Vendel, protegiendo la espalda de su rey.

–Tienes razón. ¡Que se desnuden todos los hombres! –ordenó Salonus tras respirar forzosamente.

Salonus contuvo la respiración y fue capaz de matar a un romano cuyo cuerpo cayó pesadamente al *frigidarium*. El agua fría ya no sería un alivio para el desgraciado.

–¡Seremos vulnerables! –replicó el segundo al mando del rey neorromano.

–Sin armaduras, podemos vencer a los hombres; con ellas, nunca venceremos al fuego y el vapor –se limitó a responder Salonus.

Así fue cómo los neorromanos desnudos y sudorosos tomaron ventaja sobre los romanos acorazados y asfixiados en aquel particular escenario. Los baños imperiales cambiaron el aceite y los pétalos flotantes sobre sus aguas por sangre y cuerpos desmembrados. Como si de nenúfares se trataran, los cadáveres dejaban que el agua, disfrazada de vino tinto, les transportara con asombrosa facilidad. El fuego fue quien se encargó de la decoración de la amplia y lujosa sala. No parecía ser de su gusto.

Publius Mocius Macula, por su parte, aún se mantenía en pie. La tos del asma le acosaba y sangraba en abundancia por el hombro derecho, pero era un precio justo por la destacada cifra de bajas enemigas que tenía en su haber.

A pesar de sus valerosos actos, tenía todas las de perder. Lo sabía, pero se negaba a admitirlo. Él y todos los pretorianos debían de estar unidos hasta el final. No habría rendición ni desertión por parte de la guardia del legítimo emperador de Roma. El Prefecto Macula no se planteaba en absoluto un cambio de bando. Aquello supondría con total seguridad una futura renuncia a sus privilegios y su cargo, fruto de las severas reformas que Salonus prometía traer consigo. «El cambio sólo traerá la definitiva destrucción de Roma», pensó Publio antes de ahogar a un neorromano en el fondo del *caldarium*.

No obstante, cuando los engranajes del motor del cambio comienzan a girar, sólo es cuestión de tiempo que éste tenga lugar. Y aquella noche era la elegida por los relojes del universo para el inicio de una nueva Era. La última resistencia romana, la Guardia Pretoriana, manteniéndose fiel a un emperador loco; llegó a su fin aquella noche envuelta en una cálida atmósfera.

Fue Salonius quien atravesó el pecho del último pretoriano que se mantenía en pie. Cuando lo hizo, le miró a los ojos y antes de que perdiera el sentido le preguntó dónde estaba su comandante. El último miembro de la Guardia Real, un joven con valor pero sin experiencia, señaló hacia atrás antes de desplomarse frente a Salonius empapado en el líquido que por sus venas había dejado de circular.

Tras ello, Salonius se abrió paso en un mar de nubes y sangre coagulada. Las termas se habían vuelto un auténtico baño de vapor y fuego. Vendel le había informado de que la zona estaba despejada de enemigos, sin embargo, Salonius aún no se había topado con el Prefecto del pretor. Anduvo dos minutos a tuestas y al fin le encontró dentro de la mayor de las termas.

Publio, incapaz de cumplir su misión y frustrado por la llegada del cambio, se había decantado por un acto ajeno a sus principios: el suicidio. En un claro homenaje a Séneca, se había recostado cómodamente en el borde de la piscina tras deshacerse de su ostentosa armadura, y se había rajado las venas de las muñecas sin dilación. Solamente cinco minutos después de haberlo hecho, las aguas termales se habían vuelto bermellón y una sensación de sueño y mareo se había apropiado de él. El suicidio le había dado al Prefecto Pretoriano una muerte más dulce que la amarga realidad.

—¡La ciudad ha sido conquistada! ¡Hemos ganado! —gritó entusiasmado Vendel al alcanzar a Salonius.

El bárbaro no pudo contener su alegría, y abrazó a su rey. Salonius, por el contrario, no sonreía.

—No hemos acabado. Aún no sé si hemos hecho lo correcto, sólo sé que el hombre que ha provocado esta desgracia aún vive —respondió frívolo Salonius al abrazo de su amigo.

—¡Dejemos que ese maldito Valentiniano arda en su palacio! —replicó el general de los vándalos.

—No voy a concederle ese placer —respondió el rey con las llamas que se encontraban frente a él dibujadas en sus pupilas—; no a él.

—¿Entonces...?

—Saca a los hombres de este infierno. Yo iré a buscar a Valentiniano en su alcoba.

—¡Un momento! —Vendel frenó en seco la carrera de su rey—. ¿Recuerda las veces que le he dicho que le seguiría hasta la muerte? ¡Pienso que es bastante probable que hoy muera al meterse en la boca de un incendio!

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Salonius extrañado. Pocas veces Vendel lograba intrigar a su soberano.

—¡¡Que no voy a dejar que vaya usted sólo a por ese cobarde!!

\*\*\*

**Título de la serie: Perfectus Imperator**

**Título: Tomo I: Guerra por la paz**

**Autor: Jacobo Fe Gissera**

**Copyright © Jacobo Fe Gissera, 2014**

**\*All rights reserved (todos los derechos reservados). No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.\***